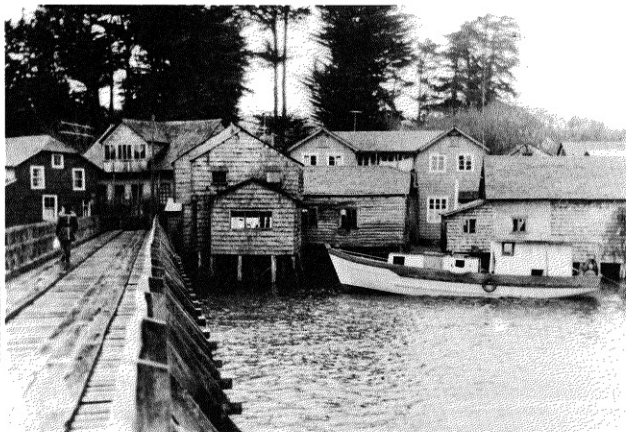


CIUDADES DE MADERA

Patrimonio del Sur, un bien reciclable

ARQUITECTO EDWARD ROJAS V.

R. FISCHER P.



Mechuque

Hace algunos años reflexionaba en una de las páginas del número especial (Nº 12) de la Revista Arquitecturas del Sur, dedicado a la ciudad de Castro ⁽¹⁾ que la arquitectura así como la fotografía en la medida en que son registros concretos de la acción humana tienen la cualidad de atrapar con su materialidad ese preciso instante de la historia de la que son productos.

Ya que la arquitectura, desde mi punto de vista, actúa como una fotografía tridimensional, el holograma real del conjunto de circunstancias que la hicieron posible fuesen o no fuesen éstas heroicas, ya que una obra de arquitectura al existir está congelando en el espacio un trozo de la historia.

Y esto ocurre tanto con la arquitectura popular (que involucra lo vernáculo) como con la arquitectura culta (que involucra en cierto modo lo universal) ya que ambas son capaces de recoger ese conjunto de energías que se despliegan bajo ciertas condiciones materiales que determinan la forma que en el espacio toman las necesidades y las ideas del momento.

El espíritu de la época en que la obra se construye le imprimirá a este acto creativo una impronta que se retrata como imagen real en la arquitectura, pensemos por ejemplo en el viejo mundo y en las ciudades italianas, en Vicenza con sus palacios construidos por el gran Andrea Palladio, volvamos a escuchar el rugido de los leones y el desfile de aceitados gladiadores en la arena de Verona.

Viejas ciudades con edificios de todos los tiempos, por allá un solar del setecientos, por acá una villa del

ochocientos, la ciudad se nos aparece entonces como un gran collage tridimensional, armado con los distintos retratos a escala natural de cada obra, y por lo mismo son junto a los espacios públicos escenarios de la historia, construidos en lugares que poseen su propia geografía y un clima determinado, cuestión que a la

arquitectura también le imprime un sello. Cuando pensamos en el nuevo mundo, en los magníficos emplazamientos de las ciudades precolombinas en Cartagena de Indias, la ciudad amurallada que es el retrato de la intensa vida comercial y cultural del húmedo y cálido Caribe Colonial.

Y será el espíritu del lugar y el

R. FISCHER P.



Mechuque

1. El Retrato del Retrato



G. FLORES

Callé Lillo. Año 1934, Castro

espíritu de la época los que llevarán a la humanidad a retratarse así misma en la ciudad de Nueva York, cuyos edificios se empujan en la isla de Manhattan, resumen cultural de nuestros tiempos, lleno de contrastes culturales y mestizajes raciales, cuyo destino final, no sabemos dónde está escrito.

El material con el que la obra se construye será el que aportará la imagen final, que nos remite al lenguaje definitivo, del retrato de la arquitectura, el que indudablemente será utilizado en virtud del lugar y de la época en que él se emplee, sea éste piedra, paja o barro, ya que un mismo material posibilita respuestas arquitectónicas tan diferentes como lo pueden ser la arquitectura de madera importada de Iquique o la arquitectura del Sur de Chile, que se construyó con el material fundamental que aportaba el medio geográfico, la madera, proveniente de los bosques olorosos y milenarios de la Selva Fría, que es parte de una geografía austral de gran belleza, plena de lagos, volcanes y archipiélagos.

La madera y la tradición carpintera de este lugar hicieron posible una arquitectura que se fue amoldando, y que fue mutando en virtud del conjunto de circunstancias históricas que la hicieron posible.

Que es lo que me lleva a pensar de que todo lo construido en la ciudad, es decir lo existente, la realidad material de ella, es la que va conformando la noción de patrimonio, sea éste de un edificio de valor arquitectónico (en tanto obra histórica u obra contemporánea) o como simple edificio existente, el cual es imposible negar por ser la realidad concreta.

Ya que el patrimonio según el Diccionario de la Real Academia: «es la hacienda que una persona ha heredado de sus descendientes», es decir, la ciudad toda, siendo soporte de la acción arquitectónica, sea ésta popular o culta, cuestión que cobra mayor importancia cuando estamos en presencia de retratos, de ciudades construidas casi íntegramente en madera.

Porque los edificios existentes en las ciudades de madera, son los que

participan de los miles de cambios que se producen diariamente en la arquitectura del lugar, producto de la increíble ductibilidad del material, que hace a esta arquitectura estar en permanente transformación, las casas se amplían, se achican, se le abren o se le cierran ventanas, son jóvenes, envejecen, e incluso, algunas veces se las cambia de lugar, tirándolas con buyes y navegando por los canales archipiélagos.

Y a pesar de que muchas de estas ciudades tienen más de 400 años (como es el caso de las ciudades y poblados chilotos) su patrimonio es

casi siempre sólo de este siglo, dado que las ciudades anteriores fueron borradas por el mismo hecho de haber sido construidas en madera, esto es en un material también efímero, cuya duración en el tiempo depende de los incendios o las condiciones del clima.

Porque acá en el sur de América Latina llueve intensamente y en invierno muchas veces el viento no para de soplar, y si bien esto le otorga a la madera una calidad estética, la de la pátina del tiempo, ella también se ve afectada por las pudriciones que provoca la humedad o por la acción de las termitas que finalmente destruyen las construcciones si ellas no se reparan oportunamente.

Todo esto siempre y cuando algún incendio no destruya en un instante ese trozo de historia congelada en el tiempo y en el espacio, que es la arquitectura.

La noción del patrimonio como soporte de la acción arquitectónica contemporánea de la ductibilidad y fragilidad del material con el que él está construido (la madera) han sido elementos claves para darle forma a una respuesta arquitectónica que por más de 18 años ha tenido su centro en la ciudad de Castro, ubicada en el corazón de la Isla Grande del Archipiélago de Chiloé, acción que, a pequeña escala, se ha extendido también a otras ciudades y lugares del sur.

La escala de la ciudad, y tal vez el hecho de ser un arquitecto nacido en el desierto y habitante de estructuras arquitectónicas más sólidas, fueron factores que me permitieron visualizar con mayor claridad el fenómeno de las transformaciones que se producen en las ciudades de madera, buscando, por sobre todo, afianzar con la intervención arqui-



Palaftos en Castro



Calbuco hacia comienzos de siglo

tectónica, el espíritu de la arquitectura del lugar, a través de la obra nueva que incorpora materiales reciclados y de las obras de reciclajes que he realizado en los últimos años.

Como las obras de reciclaje involucran una acción directa sobre el patrimonio de madera, es en ellas donde creo que más me he acercado a aquello que se ha transformado casi en una obsesión de mi trabajo, la de construir un puente entre la arquitectura del pasado y la arquitectura de nuestros días.

Lo que ha significado concretamente actuar tanto en edificios considerados como monumentos por su valor histórico o arquitectónico, como en edificios que a pesar de no ser considerados como tales, son parte del patrimonio, y como tal lo son también, de aquello que se ha llamado la memoria colectiva del lugar, cuestión clave para el desarrollo de una arquitectura del lugar.

Si reciclar «es someter repetidamente una materia a un mismo ciclo para ampliar o incrementar los efectos de éste», entonces el reciclaje permite al arquitecto actuar en varias instancias como lo es la de la imagen de la obra, su funcionalidad, su materialidad, y en tanto intervenimos la forma y el espacio, estamos dialogando con elementos y conceptos del presente y del pasado.

Cada obra del reciclaje obviamente es distinta, porque sobre un edificio existente atado a su historia y a la lógica de su propia realidad material y estética, actúa la nueva lógica del encargo con la lógica de su respuesta, y si algo es posible decir después de todos estos años haciendo arquitectura bajo la lluvia y en ciudades de madera, que una buena obra de arquitectura es aquella que entre muchas otras cosas logra equilibrar en el espacio la lógica del encargo con la lógica del arquitecto (s) que entrega la respuesta que finalmente debe



COLLAGE EDWARD ROJAS

"Algún día todos los seres del planeta se izán a vivir a Nueva York"

equilibrarse con la lógica del lugar.

De esta manera entonces en los reciclajes es el edificio que se va a intervenir, el que impone una dimensión estética ligada a un material, en este caso la madera, que es por así decirlo, «el feeling» de la obra, que va sugiriendo las respuestas como parte de un proceso creativo que la ductibilidad de la madera facilita.

Será el valor del edificio entonces, ya sea un monumento o una simple construcción, el que nos pondrá los

límites de la intervención, en algunos casos será posible solamente reciclar su imagen, con el uso del color, como lo hicieramos con las iglesias de Chonchi y Castro, que son monumentos nacionales, como en otros casos usar la estructura existente como soporte material una acción proyectual que la recrea en función de su contexto y su paisaje.

La necesidad de transformación que van creando las nuevas realidades de un mundo que a través de las comunicaciones se estrecha cada día

más, convierten la acción de reciclaje en una suerte de mutación arquitectónica que nos ha permitido, por ejemplo, que una antigua casa-barraca en mal estado se convirtiera casi en un acto de magia en el Hotel Unicomio Azul de Castro, o que una abandonada casa-fogón, también en Castro, llegara a ser la sede del primer Museo de Arte Moderno del país, entre muchas otras experiencias que nos han entregado importantes lecciones en torno al patrimonio, al espíritu de la madera y al valor de la arquitectura del lugar.

El proceso del reciclaje es el que permite, finalmente, a las construcciones de madera de valor arquitectónico seguir existiendo, porque éste involucra una acción sobre cuestiones estructurales que necesariamente obliga a reponer y cambiar las piezas de madera en mal estado, prolongando su vida útil y con él su valor como testigo de una historia que a su vez es recreada con la intervención arquitectónica.

Esto es clave para preservar esta arquitectura del sur de América Latina, sobre todo en nuestro país, que posee un escaso patrimonio de valor, y donde los recursos para las restauraciones de los monumentos nacionales tardan en llegar, o no llegan jamás, cuestión que para los edificios de madera es fatal, como es el caso de la Iglesia de madera de Quilquico, en la Isla Grande, que conocí hace 18 años y cuyo deterioro la fue literalmente borrando lentamente del paisaje.

Castro, otoño de 1994.



Quilquico, Chile

R. RINSCHER F.